

"Después de Haber Visto París"

ACTO I

1er. CUADRO

Pequeño "hall" de entrada a un edificio de cuatro pisos, en la rue Daunou, en París, a dos pasos de la Avenue de l'Opera. Es el día de la liberación. Al levantarse el telón, Dave, Roberto y Jimmy están dando sus últimos cigarrillos a una multitud rumorosa, cuyas voces se oyen fuera de la escena, y cuyos brazos y manos traspasan a veces el umbral de la puerta para recogerlos.

La cara de los tres muchachos de uniforme — un capitán y un teniente estadounidenses, y un corresponsal de guerra chileno adscrito al Ejército — están terriblemente cubiertas de "rouge". Monique y Marguerite, en atavíos estivales ligeros que completan sombreros totalmente improbables, contemplan la escena con una ancha sonrisa luminosa.

DAVE. — (a la muchedumbre). Este es el último. Compris? El úl-ti-mo.
MONIQUE. — (traduciendo). Allez, allez! Il n'y en a plus! C'est le dernier paquet! Et c'est assez va! (Voces de protesta).

CHICA. — (entrando). Un momento. A ver: mirando con detención las insignias de Dave) Mayor ¿no?

DAVE. — Capitán, si no hay inconveniente.

CHICA. — ¡Ajá! Dos galones corresponden a capitán. Muy bien. (Toma nota en un librito). Gracias.

DAVE. — La felicito, jovencita. Habla muy bien nuestro idioma.

CHICA. — Muchas gracias. Pero me temo que ahora que no hay nada más que americanos en París, mi inglés se va a corromper enseguida. (Los demás ríen).

JIMMY. — No te preocupes, chica. Ya nos largaremos nosotros a "parler français".

CHICA. — (para sí). Dos galones: capitán. (En voz alta) Capitán: ¿tendría la amabilidad de darme uno de sus cigarrillos?

DAVE. — Desde luego. ¿Le gusta a su papá el tabaco americano?

CHICA. — No, a papá no. A mí.

DAVE. — ¿Cómo? (La mira detenidamente: a lo sumo la chica podría tener doce años de edad. Resopla). ¿Qué ciudad ésta!

ROBERTO. — Así no vamos a acabar más. Dale ese cigarrillo enseguida. (Es lo que hace Dave).

CHICA. — Muchísimas gracias.

JIMMY. — (mirando un folleto del Ejército que contiene frases de repertorio) Merci in-fi-ni-ment.

CHICA. — De nada... (Mirando sus insignias) Coronel.

JIMMY. — Teniente nada más. Y disculpa.

CHICA. — No, soy yo la que tiene que pedir disculpas.

ROBERTO. — Pídeselas a los coroneles, en todo caso. (Ríen).

CHICA. — Bueno, adiós, señor... (Mira su gorra militar, la insignia que lleva cosida al hombro y la noticia escrita sobre el bolsillo izquierdo superior de su casaca) ...corresponsal de guerra?

DAVE. — (en broma). No, hombre, general.

CHICA. — ¿De veras? Con razón dice papá que los americanos son raros. Voy a tener que estudiarlos a fondo. (Monique y Marguerite ríen. Ofendida, a las dos) ¡Pero no como Vds., no! (Al salir) Un millón de gracias, señores.

DAVE. — (con una reverencia). De nada, señora mía.

MONIQUE. — Descarada la chica ¿no?

JIMMY. — Yo la encontré encantadora.

DAVE. — (a la gente, fuera). ¡Bueno, con esto se acabó! (Tira sus últimos cigarrillos. Una mano blanca recoge el último. Lo que viene detrás de la mano echa sus brazos alrededor del cuello de Dave, mira todas las marcas de "rouge", elige finalmente una zona libre, entre los ojos del Capitán, y lo besa allí largamente).

CONDESA. — Mil perdones. No pude resistir ese espacio libre que quedaba. Capitán. Mil perdones.

DAVE. — ¡Pero Madame, no hay de qué!

CONDESA. — ¡Qué día inolvidable éste! ¿No es verdad?

ROBERTO. — (besándola a su vez). ¡A quién se lo dice!

JIMMY. — En un día como hoy no se debían hacer diferencias de rango, señora. Aunque yo sea un simple teniente... (Echando un vistazo a su folleto y ofreciéndole la mejilla). S'il vous plaît...

CONDESA. — Mais certainement. Siento mucho la omisión. (Lo besa en una oreja). No se resiente porque lo bese ahí, teniente ¿no? El resto está un poco... un poco...

DAVE. — ¿Transitado? ¿Es éso lo que quiere Vd. decir?

CONDESA. — Transitado. Gracias, capitán. (A las chicas) Bonjour mesdemoiselles.

MARGUERITE. — Bonjour, Madame. Por fin un buen día para nosotros. Estoy tan borracha de liber-

Como corresponsal de la British Broadcasting Corporation, y de la National Broadcasting Company, nuestro compatriota Arturo Despouey recorrió los diversos frentes de guerra en los últimos dos años. Sobre el material de las experiencias allí recogidas, se basarán dos obras de teatro y una novela ya en preparación. En estas páginas damos, como primicia especial, el primer cuadro de una de ellas, "Después de haber visto París" (After They've Seen Paree). Su argumento toma como fondo el contraste entre una Europa material y espiritualmente vencida, y una América



optimista y nueva, que va sintiendo, por medio de sus corresponsales y soldados en el viejo continente la derrota y la amargura que la guerra hizo asomar. La acción comienza en París, el día de la Liberación; el título procede de una canción americana de Donaldson, famosa durante la guerra 1914-18, cuya letra dice refiriéndose a los muchachos americanos, "How are you gonna keep'em down on the farm" (Cómo van a hacer para sujetarlos en la granja), frase que es completada por "After they've seen Paree" (Después que hayan visto París).

Luego de proceder a la traducción especial, Despouey nos confiesa su temor de que con ella se pierda la mayor parte de la gracia original: la pieza, realizada casi totalmente en una línea de comedia, está concebida y escrita para el teatro americano, dependiendo su color en escena de los "idiotismos" que digan sus personajes americanos.

Esta primicia de MARCHA es el primero de los seis cuadros en que se divide la pieza.

dad que creo que empezaría a cachetear a la gente en sus caras.

MONIQUE. — En la cara, Marguerite.

MARGUERITE. — Merci.

CONDESA. — No importa. Había entendido perfectamente. Es una reacción muy lógica. ¡La libertad es cosa tan nueva para nosotros! (El rat-at-at de una ametralladora se hace sentir en lo alto. Todos agachan la cabeza instintivamente).

DAVE. — Hmm. Un poco demasiado nueva, por lo que se ve.

MONIQUE. — Debe haber alemanes todavía en la Kommandatur. (Con regocijo) Pero van a cobrarla ahora. (A la Condesa) Es triste ver que se van los amigos de una ¿no?

CONDESA. — Es magnífico ver que los amigos de una llegan. Demasiado saben Vds. que yo siempre estuve en la resistencia.

ROBERTO. — (con cierta ironía) ¿Cómo podría ser de otro modo? No hay más que resistentes en París. (Monique mira alternativamente a él y a la Condesa).

CONDESA. — (al empezar a tartamudear nuevamente la ametralladora). Mon Dieu! Tengo que ir a ver si Jacques está arriba. Discúlpenme.

DAVE. — Un momento. (La besa corta pero intensamente, con consumada maestría, luego suspira). ¡Esto sí que es un día! (La Condesa sale sonriendo).

MONIQUE. — ¿No quieren subir un minuto? Vamos a tomar una copa.

Empiezan a subir la escalera, los tres hombres de uniforme limpiándose sus cuantiosas marcas de "rouge". La parte central de la escena baja al mismo tiempo, de modo que prácticamente quedan en el mismo lugar. Después de subir alrededor de treinta y cinco escalones, la pared se abre a la derecha para revelar el "living-room" del apartamento que ocupan Monique y Marguerite.

MARGUERITE. — (mirando hacia arriba, al comenzar la ascensión). ¡Esa mujer en la resistencia! ¡Es el colmo!

MONIQUE. — En cierto modo, resistió. Mientras tenía relaciones con Von Kluegel, resistió a su marido, por ejemplo, lo cual es bastante decente en una mujer como ella.

MARGUERITE. — ¡Pobre Conde!

DAVE. — ¿Conde? ¿Cómo? ¿Entonces, esa... esa señora es condesa?

MONIQUE. — Condesa. Todavía quedan unas cuantas por aquí.

JIMMY. — ¡Una condesa de verdad!

MONIQUE. — Una condesa de verdad. Y una verdadera yegua, también.

JIMMY. — (impresionado, pese a esta categórica opinión). ¡Por los clavos de Cristo! ¡Esto es una ciudad! Aquí lo besan a uno las condesas y se vive el día entero bebiendo "champagne"...

MARGUERITE. — ¡Si pudiéramos tener un poco de leche, en cambio!

DAVE. — Yo no entiendo muy bien todo esto, pero lo encuentro maravilloso.

Al terminar su parlamento Dave, todos han llegado al descanso del segundo piso y se detienen frente a la puerta, mientras la maquinaria hace lo propio para revelar la habitación de Monique y Marguerite.

MONIQUE. — Es aquí. (A Jimmy) No le prometo "champagne". Lo siento. Pero creo que queda un poco de Grand Marnier que Tony trajo los otros días.

JIMMY. — (con asombro evidente, al entrar en el cuarto). ¿Grand Marnier? (Roberto, que le habla al oído, le da al parecer una explicación tan rápida como satisfactoria). ¡Estupendo!

El "living-room" del pequeño apartamento tiene dos ventanas en foro, puertas a izquierda y derecha, un enorme sofá-cama, un par de porcelanas de Delft, un biombo de espejo pintado, varios grabados antiguos y un caballete con dibujos. Sobre una cómoda descansan, en desorden, artículos de tocador y un par de sombreros fuera de sus cajas entreabiertas. Pese al ligero desorden, la atmósfera es esencialmente femenina. De repente las balas de ametralladora llueven tan insistentemente sobre las paredes exteriores de la habitación, que no parece sino que la "entente" franco-americana fuera a terminarse de golpe allí mismo. Monique empuja a sus invitados y a Marguerite bajo un par de mesas y luego se une a ellos.

DAVE. — ¡Eh, Vd.! ¿Cómo se llama?

MONIQUE. — Monique.

DAVE. — Monique, es una vergüenza esconderse así por unas pocas balas. Aunque estemos en la retaguardia de todas maneras somos soldados.

MONIQUE. — Y es por eso que están aquí. Pero quédense donde están. Ser soldado es mejor que ser cadáver.

DAVE. — ¡Así hablan las francesas! (Otra andanada).

ROBERTO. — Por lo menos las de la resistencia.

MARGUERITE. — Pero no resistencia del tipo de la Condesa, ¡válganos el Señor! Hicimos lo que podemos.

MONIQUE. — (corrigiéndola). Lo que pudimos.

MARGUERITE. — Perdón.

JIMMY. — A nosotros no tiene por qué pedirnos perdones. (Volviendo a su folleto) Vous êtes très gentille.

MARGUERITE. — Merci, monsieur.

JIMMY. — (que sigue leyendo). Où est le lavabo?

MONIQUE. — (señalando la puerta a la derecha). A la izquierda, al fondo. Pero creo que debía esperar hasta que pase el peligro.

JIMMY. — (riendo). No, no es eso lo que quería decir. Perdón. Me equivoqué de página. Lo que quise decir es: (mirando con detención) "Il n'y a pas de quoi". (Ríen). ¡Pero da resultado! (A Dave y Roberto) ¿Ven cómo me entienden? Ya pueden reírse cuanto quieran. El caso es que da resultado.

MARGUERITE. — Aunque ésta no es postura para hablar de gramática, consuélase, teniente. Vd. se defiende mejor que yo en inglés. Yo, por ejemplo, no

Comedia en dos actos y seis cuadros original de ARTURO DESPOUEY

puedo preguntar nada: las formas interrogativas me sacan el cuerpo siempre.

MONIQUE. — Lo cual, para una mujer, es toda una catástrofe ¿no? Lo que Marguerite quiere decir es que se hace un lío padre con frases como ésta: ¿Vamos a salir a cenar esta noche o no?

JIMMY. — ¡Claro que sí!

MONIQUE. — Era un ejemplo. No, no vamos. Una cena en un "restaurant" del mercado negro les costaría mil quinientos francos por cabeza.

DAVE. — ¡30 dólares! ¡Entonces vamos! Estos últimos dos meses he estado esperando tener algo en qué gastarme la plata. ¡Ya lo creo que vamos! Por una cuestión de principios yo estoy contra el mercado negro, pero ¡al diablo con los principios! ¡Hoy es día de liberación y a París no lo liberan todas las semanas!

TONY. — (sólo se ve su cabeza colgando hacia abajo en la ventana izquierda, en foro). ¡Ya no hay peligro! ¡Salgan al balcón! ¡En este momento los sacan! (La cabeza desaparece. Todos se levantan y corren al balcón).

ROBERTO. — ¡Mire! ¡Mire, allá, a la entrada del "metro"! ¡Allá, frente al Café de la Paix!

JIMMY. — ¿Qué es el "metro"?

MONIQUE. — El subte, allá a la izquierda. Ese edificio que está al fondo es la Opera. ¿Pero cómo? ¡Están arrancando los postes indicadores alemanes! ¡Miren! ¡Miren! Había por lo menos veinte. (Gritando) ¡Bravo! ¡Bravo! (En voz más baja) ¡Las veces que quise hacerlo yo misma! (Fuerte) ¡Eso es! ¡Que no quede un solo rastro de los "boches"!

JIMMY. — (pensativo). Al "subte" lo llaman "metro". Hmm. (A Roberto, de repente) ¿Pero cómo diablos sabes tanto de París? No hace más de cuatro horas que entramos.

ROBERTO. — Siempre me supe a París de memoria. Todos sentimos más o menos lo mismo en Santiago. Pero nunca pude llegarme hasta Francia.

MARGUERITE. — ¿Está contento de haber venido ahora?

ROBERTO. — *¿Contento? (Pausa) No sé. Es una sensación muy extraña.

MONIQUE. — ¡Miren! ¡Al fin están fuera las bestias! ¡Allá! ¡Allá enfrente! Veinte... treinta... cuarenta y cinco, cuarenta y seis. Eso sí que es espectáculo para nosotros. (A los muchachos) Vds. no pueden comprenderlo. ¡Los meses y meses que lo hemos esperado! Y todavía no acaba de parecerme verdad. (Gritando) ¡Ratas! ¡Ratas inmundas! (Volviendo a bajar un poco la voz) Auf wiedersehn Kommandatur!

JIMMY. — ¿También habla alemán, Monique? ¿Qué continente complicado éste!

MONIQUE. — Son las primeras palabras en alemán que digo desde que entraron en París. Y las digo con toda mi alma. Auf wiedersehn, Kommandatur! (Pequeña pausa. Con emoción) Bonjour, Comptoir National d'Escomptes.

DAVE. — Me temo que el cambio no va a ser tan simple. Auf wiedersehn, Kommandatur. Hola, Com. Z.

MONIQUE. — ¿Cómo? ¿Com. Z.? ¿Qué es eso?

DAVE. — Zona de Comunicaciones. Salen los alemanes de ese edificio y entramos nosotros. Por lo que sé, mi gente va a ocupar las mismas oficinas.

MARGUERITE. — ¿Cómo dijo? ¿Comme ci? No es así como dijo ¿es?

MONIQUE. — Ahí tienen Vds. patente la dificultad de Marguerite. (A ésta) Escucha. No se puede decir: "No es así como dijo ¿es?" sino "Es así como dijo ¿no?"

MARGUERITE. — Es así como dijo ¿no?

MONIQUE. — Exacto.

JIMMY. — No la torture así, Monique. (Mirando en su folleto) Ça n'a pas d'importance. En otra página Elle est très mignonne. (Lentamente, a Marguerite) Je suis très heureux de faire votre connaissance.

MARGUERITE. — (abriendo su bolso y mirando a su vez en una libretita, con un desenfadado gesto americano) ¡Hola, chico! ¡Va que arde! (Rien).

MONIQUE. — Com. Z.

DAVE. — Sí, señora. Todo París pasa a ser zona de comunicaciones. Toda Francia, si me apuran un poco.

MONIQUE. — No es mala perspectiva. "Com. Z." De modo que después de todo vamos a pasar a ser Com. Z. ¿Por qué no? Mientras todo esto se reajusta, es casi mejor que olvidemos un poco el nombre de Francia. (Gritando desde la ventana al piso de arriba) Tony! Guy! Descendez! On va boire la verve de la libération avec les américains!

JIMMY. — ¡Eso es velocidad! Un conductor de camiones maldiciendo a un chiquillo en Brooklyn no podría haberlo hecho más ligero. "Muy bonito, cruzando la calle cuando las luces indican lo contrario, zopenco! ¡Eso es, suelta ahora los mocos! ¡La culpa es mía con seguridad, hij'una gran perra!" Los otros se le quedan mirando. Hij'una gran perra. No tiene nada de particular. Todos los días lo lee uno en los periódicos del ejército. (A las chicas) Nosotros lo usamos como expresión más o menos afectuosa. (Volviéndose a Monique, con admiración) La misma velocidad, la misma expresión que pudo haber tenido un conductor de camiones en Brooklyn. ¡Y todo en francés! (Suspira) ¡Qué maravilla!

MONIQUE. — (en mutis). Pero como insultos los tenemos mejores nosotros, créame. (Sale).

* Tony y Guy se deslizan hacia abajo por las ventanas y entran en la habitación.

MARGUERITE. — Les presento a Tony y a Guy. El Capitán...

DAVE. — Allen. Llámame Dave nada más.

MARGUERITE. — El teniente...

JIMMY. — Davis. Para Vd. Jimmy.

TONY y GUY. — (con apretón de manos). Tanto gusto.

MARGUERITE. — Y el corresponsal...

ROBERTO. — Acosta. Roberto.

TONY. — ¿Español?

ROBERTO. — No. Sudamericano, Chileno, para ser más exacto.

TONY. — Siéntense, por favor.

ROBERTO. — Gracias. Todos Vds. dicen que es increíble que estemos aquí. Pues para nosotros no es menos increíble. Yo todavía no lo acabo de asimilar. Todos esos edificios tan blancos, tan intactos, después del gris monótono de Londres y del montón de ruinas que hemos visto en Francia a nuestro paso... Todas esas bicicletas y las faldas al viento bajo el sol de los Campos Elíseos... Todos esos grabados que hay en este cuarto, y las persianas blancas, y Vds. tres sonriendo ahí... No sé por qué, porque a decir verdad, no hay una relación directa, pero cada detalle de esta tarde me recuerda a un soneto de Charles Cros.

GUY. — ¿Cómo? ¿Ha leído Vd. a Charles Cros? (Con sorpresa) ¿Lo ha leído, de veras? ¿Qué versos son esos?

ROBERTO. — "La vie idéale".

"Une salle avec du feu, des bougies,
Des soupers toujours servis, des guitares
Des fleurets, des fleurs, tons les tabacs rares,
Où l'on causerait pourtant sans orgies.

Au printemps lilas, roses et mugnets
En été jasmins, oeillets et tilleuls
Rempliraient la nuit du grand parc, où seuls
Parfois, les rêveurs fuiraient les bruits gais.

Les hommes seraient tous de bonne race,
Dompteurs familiers des Muses hautaines,
Et les femmes, sans cancons et sans haines
Illumineraient les soirs de leur grâce.

Et l'on songerait, parmi ces parfums
De bras, d'éventails, de fleurs, de peignoirs,
De fins cheveux blonds, de lourds cheveux noirs,
Aux pays lointains, aux siècles défunts".

MARGUERITE. — Vous l'avez dit épatamment!

JIMMY. — ¡Maravilloso! (Pausa) ¿Pero qué diablos quiere decir?

TONY. — Superbe! (A Guy) ¿Lo besamos? (Los dos avanzan y besan a Roberto en la mejilla).

DAVE. — (riendo). ¡Qué país! En otras partes lo besan a uno al aclamarlo como héroe. Aquí basta un poco de recitado para producir el mismo efecto.

GUY. — Pero es que Vd. no sabe lo que significa para nosotros ver a un hombre en uniforme americano diciendo versos en francés de esa manera. (Monique entra con una bandeja sobre la que descansan un botellón y varios vasos).

ROBERTO. — Muy mal, con seguridad.

MARGUERITE. — Yo creo que Dave está celoso. (Rien).

TONY. — Si ese es el caso... (Riendo, avanza hacia Dave y lo besa).

DAVE. — Merci Beaucoup. Pero podía haberse afeitado. (Guy hace lo propio) Pues creí que la sensación iba a ser peor, a decir verdad. (Dando tres pasos hacia Monique) Pero nada como esto. (La abraza y la besa apasionadamente mientras Jimmy y Roberto aúllan como lobos, Marguerite ríe y Tony y Guy dicen "Oh, la la!").

GUY. — (mientras la pareja se separa). Después de semejante demostración, preveo un largo período de castidad para nosotros los franceses.

MARGUERITE. — ¿Y es tiempo de que se tomen un descanso?

JIMMY. — (deteniendo a Monique). No. Me gusta que hable así. Por favor, no la corrija. (Todos están vaso en mano en este momento, menos Marguerite).

MONIQUE. — Por nuestros libertadores.

DAVE. — No, este brindis tiene que ser por los F. F. I., por el pueblo de Francia.

ROBERTO. — ¿No va a beber, Marguerite?

MARGUERITE. — Yo no bebo casi nunca. Pero hoy es un día excepcional. Gracias.

JIMMY. — Esto es maravilloso. ¡Todo es maravilloso en París! Diga algo en francés, Marguerite. No me cansaría nunca de escucharla hablando.

MARGUERITE. — (después de una corta pausa, sonriendo a Roberto).

"Et l'on songerait, parmi ces parfums
De bras, d'éventails, de fleurs de peignoirs,
De fins cheveux blonds, de lourds cheveux noirs,
Aux pays lointains, aux siècles défunts".

JIMMY. — ¡Los versos! Ojalá fuera capaz de entenderlos. Lo único que pude pescar es "parfum". (Señalando su folleto) ¡Mal rayo parta al que redactó este libracó! Cuando se llega a los versos, no sirve para nada.

ROBERTO. — Un poco de paciencia, Jimmy. Vamos a ver: ¿cómo se podrían traducir? "Una sala con su fuego encendido, con velas, la mesa siempre puesta, guitarras, "fleurets", —no sé lo que querrá decir eso— flores, todos los tabacos exóticos, donde sin embargo se pondría uno a conversar sin orgías. En primavera lilas, rosas y lirios del valle: en verano, jazmineros, claveles y tilos, llenarían la noche del gran parque, donde, a veces solos los soñadores huirían del ledó rumoreo". Y luego: "Les hommes seraient tous..." "Los hombres serían todos hombres de raza, domadores de las altaneras musas, y las mujeres, sin cancan y sin odios, iluminarían las noches con su gracia. Y, entre esos perfumes de brazos, de abanicos, de flores, de batas, de finas cabelleras rubias, de tupidas cabezas morenas, se soñaría con paisajes lejanos, con siglos ya muertos". (Pausa).

JIMMY. — ¿Cómo se llama eso?

ROBERTO. — "La vida ideal"

JIMMY. — ¿Sin swing, sin Coca-Cola, sin Tom Collins, sin programas de Bob Hope? ¿Y a eso le llaman la vida ideal? Puede ser. (Rien) Tengo un hambre bárbara ¿saben?

MONIQUE. — Siento no tener nada que ofrecerles. Esta semana no hemos ido al campo a buscar nada. ¡Con todo lo que estaba pasando aquí!

JIMMY. — Pero quedamos en que cenaríamos fuera. (Mirando, fascinado a Marguerite) No es eso en lo que quedamos, ¿es?

DAVE. — Es. (A ella) Por lo visto, su alergia a las formas interrogativas es contagiosa. Estás perdido, chico.

JIMMY. — ¡Ojalá Marguerite pudiera contagiarme el francés en la misma forma! (Suspira).

TONY. — Es cuestión de tiempo, mi teniente.

DAVE. — (a éste) Vds. nos acompañan también, desde luego.

TONY. — ¿No se ofende si yo no voy?

GUY. — ¿Y si yo me quedo a acompañarlo?

JIMMY. — Supongo que no seremos nosotros la razón. ¿Por qué no vienen? Es día de liberación. París se siente feliz. El mundo entero se siente feliz.

TONY. — París se siente feliz... pero también cansado. Por lo menos algunos de nosotros. Cansado de sentir que la delación y la muerte esperaban noche a noche a la vuelta de cada esquina. Cansado de tener siempre una botella de "champagne" a mano para destaparla cuando a alguno de nosotros lo alcanzaba un tiro —aún dentro de un coche— y despistar así a los alemanes. Cansado de esperar siempre a la compañera que salía para Marsella con una misión y no estaba de vuelta después de cinco días. Cansado de mentir a todo el mundo, a cada minuto. Mentir es como un cáncer. No sé hasta dónde ha penetrado dentro de nuestra carne. En una palabra, estamos cansados. Por fin esta noche me voy a echar en una cama. Creo que no habrá quien me despierte en toda una semana.

ROBERTO. — Sí, hombre. ¿Quién no va a comprender?

GUY. — Alguna otra vez ¿eh? Todos Vds. nos han sido muy simpáticos.

DAVE. — Tampoco Vds. nos podían haber caído mejor. ¡Y qué suerte la de haber dado con gentes que pueden hablar nuestro idioma!

MONIQUE. — Eso no es tan difícil ahora. Antes sí: Yo pasé tres años en Londres —tres años que casi concluyen con mis levaduras de francesa. Pero el resto de nosotros ha vivido para sí, en el recinto cerrado de Francia. Sin embargo, estos últimos diez meses todos trataron de aprender un poco de inglés por Vds., para hacerles las cosas más fáciles.

TONY. — Bueno, inglés o algo por el estilo. Vds. llevan escrito en la cara que son buenas gentes. Y conocen a Charles Cros. Todo el mundo ha oído hablar de Verlaine.

JIMMY. — ¿Verlaine? ¿El campeón de lanzamiento de jabalina en los Juegos Olímpicos? (Rien).

GUY. — Bueno, si no todo el mundo, casi todo el mundo. Pero Vds. conocen a Charles Cros. Y han venido a Francia a liberarnos. (Pausa) ¿Quiéren que les digamos la verdad? Tenemos los nervios rotos. La causa de que no queramos salir con Vds. puede ser muy bien que al quedar solos, tranquilos, tranquilos por fin, Tony y yo... nos echemos a llorar un buen rato, con toda nuestra alma.

MONIQUE. — ¡Por Dios, Guy, no seas tan latino!

DAVE. — (meneando la cabeza). Eso sí lo entiendo, y me parece maravilloso también. Como todo lo del día de hoy.

MARGUERITE. — Maravilloso, sí: maravilloso —y triste. Los muchachos tienen razón. ¿Cómo tradujo Vd. esa última cuarteta, Roberto? Quizá el sentir esté todo ahí.

Roberto. — "Y entre esos perfumes de brazos, de abanicos, de flores, de batas, de finas cabelleras rubias, de tupidas cabezas morenas, se soñaría con países lejanos, con siglos ya muertos".

Las luces mueren lentamente. Y el TELON cae, en la oscuridad, como una cuchillada.